

políticas y mentales que requiere para evitar su desplome; está más emplazado que el mundo de los países opulentos, porque repercutiría adversamente en él una reducción del crecimiento de éstos, o la simple reorientación de ese crecimiento hacia metas más culturales, de más bienestar. La reorientación hacia una simplificación de la vida, hacia una sociedad "anticonsumista", en la que, como dicen sus propugnadores, el consumo no sea un valor *per se*, se impone para pronto en el mundo en desarrollo, lo mismo que una contracción del consumo por habitante parecería imponerse como una necesidad imprescindible en el mundo opulento, si nos atenemos a lo que dicen las variables combinadas en el modelo del ITM.

En la indispensable reorientación en que insistimos habría que revisar gran número de nociones y conceptos. Entre ellos el del producto nacional bruto, cuyo crecimiento se toma por lo común como equivalente a elevación del nivel de vida. Se trata, como es bien sabido, de una ficción y fuera del ámbito de los iniciados su magnitud y sus fluctuaciones carecen de significación. Justamente deberían ser los iniciados quienes revisaran ese concepto y lo sustituyesen por el de utilidad nacional bruta, en el que no entrarían ya como factores de aumento aquellos que lo son de estrago, y en el que se valorarían más la salud, la educación y la cultura, así como los servicios colectivos.

El juego petrolero internacional: un panorama incierto

En el momento de escribir estas líneas está desarrollándose en Caracas, por iniciativa del Gobierno venezolano, la primera reunión consultiva informal latinoamericana de ministros de energía y petróleo. El propósito de la reunión —según escasas informaciones— es unificar

la política petrolera de nuestro subcontinente frente al resto del mundo y frente a las grandes compañías petroleras transnacionales.

Independientemente de los resultados de la Conferencia de Caracas, que no es factible prever tratándose del primer intento de cooperación en este campo, no se pudo escoger un momento más oportuno para la reunión. Hace apenas año y medio, gracias a la estrecha cooperación dentro de la Organización de los Países Exportadores del Petróleo (OPEP), los principales países productores de petróleo crudo (los del Medio Oriente y Venezuela, a los que más tarde se unió Nigeria), han ganado grandes batallas contra los principales países importadores (EU, Japón y los de Europa occidental). Estas batallas versaron sobre el aumento del precio del petróleo crudo en el comercio mundial y sobre la mayor participación de los países productores en las ganancias originadas en este comercio. Se estima que, como resultado de las negociaciones de Teherán y Trípoli de la primavera de 1971, los ingresos fiscales de los miembros de la OPEP procedentes del petróleo aumentaron en cerca de 800 millones de dólares anuales y que llegarán a alrededor de 25 000 millones en 1975 y al doble de esta suma en 1985. En vista de la dependencia creciente de los países industriales en las importaciones de petróleo, tanto ellos como las grandes compañías petroleras internacionales han tenido que aceptar —por primera vez en la historia— las exigencias de los miembros de la OPEP, cuya participación en el comercio mundial del petróleo llega al 85%. Empero, esto no quiere decir que los primeros aceptaron para siempre el cambio básico en la relación de fuerza de regateo. La contraofensiva de los países industriales contra la OPEP, después de su derrota en Teherán y Trípoli, ya está trayendo resultados que han cambiado fundamentalmente el panorama mundial del comercio petrolero.

Esta contraofensiva tiene raíces tanto económicas como políticas. Respecto a las primeras, cabe recordar que no es secreto para nadie que la demanda de las fuentes energéticas en Estados Unidos, Europa occidental y Japón crece a un ritmo sumamente alto. Así, se estima que el consumo mundial del petróleo —fuera de los países socialistas— actualmente de 40 millones de barriles diarios subirá a 78 millones de barriles en 1980 y a 100 millones de barriles en 1985. Este crecimiento vertiginoso de la demanda mundial de petróleo refleja, entre otros, los problemas técnico-ambientales que enfrenta la industria del carbón y el descuido, hasta la fecha, del aprovechamiento de las fuentes energéticas no tradicionales como la energía nuclear y solar. Es muy probable que este último fenómeno no sea accidental sino resulte del control de la producción y comercio del petróleo por los grandes monopolios petroleros de EU, Gran Bretaña y Holanda, conocidos como las "siete hermanas" entre las cuales destacan Standard Oil, Texaco, Gulf, Royal Dutch-Shell y British Petroleum, operando todas ellas a escala mundial.

Las raíces políticas de la contraofensiva de los grandes países consumidores y de las "siete hermanas" es fácil de identificar. Después de la victoria de la OPEP en la primavera de 1971, dentro de la organización se hicieron sentir fuertes tendencias nacionalistas y radicales cuyo objetivo principal era el de introducir el control directo de la producción del petróleo crudo en los respectivos territorios nacionales y la participación en la refinación y comercialización internacional de los derivados de petróleo. Así, en los últimos tiempos el mundo ha presenciado la nacionalización de la industria de extracción del petróleo y gas en Argelia, Libia e Irak y el anuncio de medidas semejantes en Venezuela, después de la terminación de las concesiones petroleras que estarán vigentes hasta 1983. Es bien sabido que estas tendencias originaron una profunda preocupación en los grandes países consumidores de petróleo importado. Su creciente dependencia económica del grupo de la OPEP se presentaba como una disminución de su poder político tanto en el Medio Oriente como en el África árabe y Venezuela.

La respuesta de los países industriales al reto de la OPEP tomó dos caminos: la búsqueda febril de las fuentes alternativas de petróleo en otras partes del mundo y los intentos de romper el frente común de la OPEP. En ambos campos las grandes compañías internacionales han tenido éxitos inesperados hace apenas un par de años. Las exploraciones aceleradas en Alaska, el norte de Canadá, la cuenca oriental de las Amazonas (Perú y Ecuador) y en el Mar del Norte de Europa han cambiado el cuadro mundial. A pesar de los grandes obstáculos técnicos, no cabe duda alguna de que estas nuevas regiones se volverán, durante el presente decenio, grandes fuentes de aprovisionamiento de petróleo crudo, tanto para Estados Unidos como para Europa occidental y Japón. Quedan todavía por explorar y explotar las inmensas riquezas petroleras de Siberia, en la Unión Soviética. Este último país sigue negociando con gran fervor la posibilidad de su explotación en cooperación con los japoneses o los norteamericanos, tanto para ampliar la oferta del petróleo para su mercado interno como para la exportación a Japón y Europa occidental. Si bien los expertos norteamericanos y europeos insisten sobre la escasez de los recursos petroleros propios frente a la creciente demanda de las fuentes energéticas, hay razones para creer que todas estas aseveraciones tienen un trasfondo muy complicado y no necesariamente corresponden a la realidad. Así, a principios del presente mes, un agudo observador del escenario norteamericano insistía en que sin tomar en cuenta las fuentes energéticas no tradicionales, Estados Unidos tiene reservas probables de petróleo, gas y carbón para unos 200 años. El gran descubrimiento de los mantos petrolíferos en el Mar del Norte, explorados por Gran Bretaña, Noruega, Alemania y Francia —con participación de las grandes compañías internacionales— han cambiado casi de un día para otro el panorama de la oferta petrolera en Europa occidental. El panorama es bastante fluido y apunta hacia la debilidad creciente de la OPEP, a menos de que ésta logre la adhesión de nuevos miembros como Perú, Ecuador, Australia y Canadá, entre otros.

Pero todo lo anterior se refiere a los cambios en la situación petrolera mundial a largo plazo. La destrucción de la OPEP por los países industriales importadores del petróleo sigue teniendo la máxima prioridad. Aquí, desafortunadamente, las grandes compañías petroleras internacionales han logrado un gran éxito hace apenas unas semanas. Después de meses de negociaciones secretas Irán abandonó la OPEP a cambio de las concesiones fabulosas recibidas de las compañías extranjeras que explotan el 90% de los campos petrolíferos de ese país, en conjunto con la Société Nationale Iranienne des Pétroles (SNIP), organismo estatal. A cambio de la extensión de los contratos de servicios a los miembros del consorcio privado internacional por 25 años, Irán recibirá de este consorcio el financiamiento para construir, entre otros, la más grande planta de refinación en el mundo, una red colosal de oleoductos y un puerto abierto a los buques petroleros con capacidad de 500 000 toneladas. Hay noticias fidedignas de que negociaciones semejantes están en progreso entre Arabia Saudita y la compañía norteamericana Aramco, dueña de los campos petroleros de ese país. "Lo que aparece en el horizonte —comentó recientemente el bien informado *Le Monde* de París— es la llegada de una nueva fase [en el panorama petrolero mundial]. Cada productor de petróleo peleará con los grandes intereses petroleros internacionales por su propia cuenta y todo parece indicar que los países productores más poderosos serán los que lograrán los mayores resultados."

¿Quiere decir esto que la cooperación dentro de la OPEP ha llegado a su fin a pesar de los grandes éxitos de 1971? Es demasiado temprano para responder a esta pregunta. Sin embargo, la primera reunión de consulta de los países latinoamericanos sobre los asuntos petroleros debería tener en cuenta la lección de que cada uno de ellos por separado no puede enfrentar con éxito los grandes intereses internacionales petroleros. El peso relativo de América Latina en este campo dependerá del grado de cooperación.